

Había salido á relucir todo el lienzo que el *Helix* contenía, toda la vajilla y la plata y, verdaderamente, todo se había dispuesto con mucho gusto.

Llegado el momento, ocupó cada cual su sitio y Kennedy Smith, muy compuesto y rizado, hizo circular ceremoniosamente entremeses, aceitunas ne-

A su aparición, los tripulantes no contuvieron su júbilo.

—¡Hurra!—gritaron—¡hurra, Max Pamfette!

Pero el marinero, sin prestar atención á estas aclamaciones, se dirigió en línea recta al punto de la barandilla que tenía más próximo y arrojó á la corriente guiso y plato, contenido y contenido.

—¡Zás! ¡A la Garonne!—dijo al mismo tiempo con un tono intraducible de rabia y de despecho.

¡La Garonne, aquel río subterráneo cuyas negras aguas corrían á diez mil pies bajo la superficie del mar! Verdaderamente, era preciso que el tolosano se hallase en estado de completa exasperación para sufrir una equivocación semejante. Pero la idea en sí misma era tan graciosa y la cara que puso tan cómica, que ninguno pudo reprimirse y, á pesar de la sorpresa y el chasco general, una explosión de risa acogió esta disparatada exclamación.

--¡Hola, muchacho! —¿te has vuelto loco? —exclamó el capitán Sheffeld —¿nos explicarás lo que esto significa?

—¡Oh, capitán, no me habéis! —respondió Max Pamfette esforzándose para recobrar la calma. ¡Esto es... el diablo!

—¡Como el diablo!

—Desde que estos bichos estuvieron en la marmitta, dieron un olor abominable y cuantos más se cocían, tanto más malo era el olor. Al fin, no hubo medio de resistirlo... ¡era atroz!... preguntad á Gerfaut.

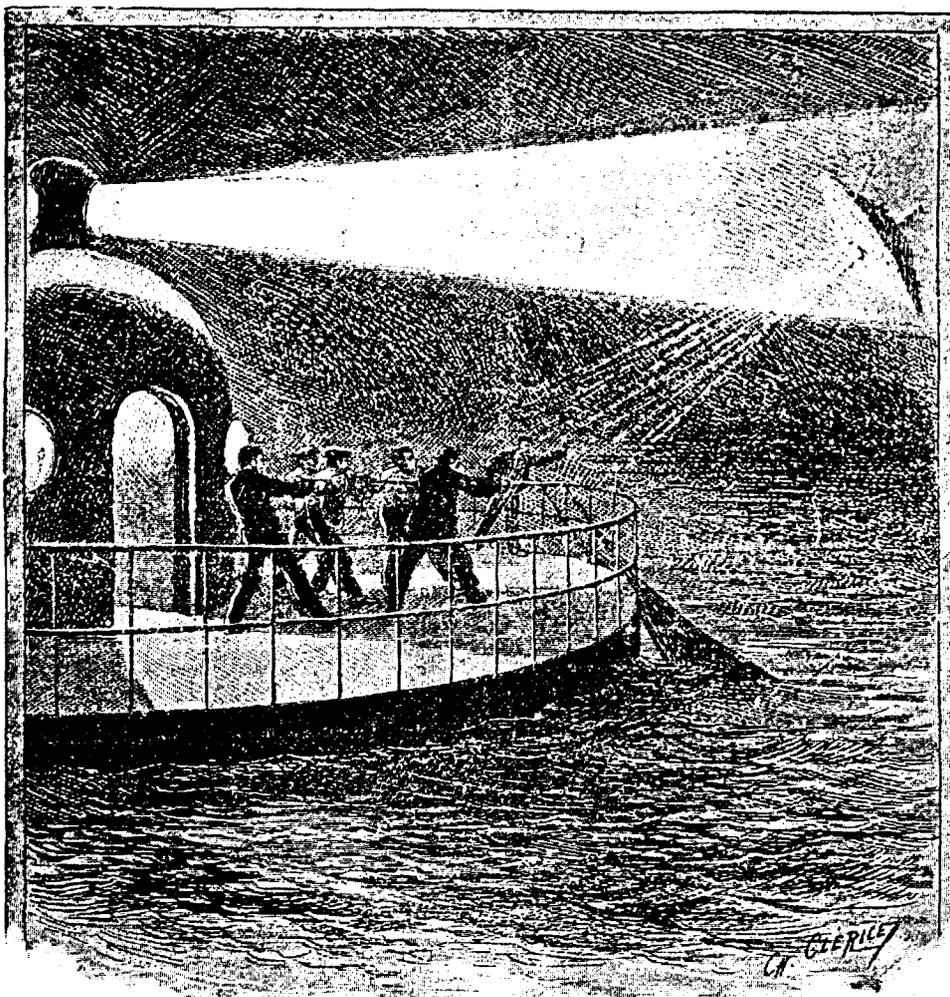
—Olfían tan mal como un paquete de pajuelas que se quemara de repente—apoyó el cocinero,—un olor que picaba en la garganta: ¡una verdadera ponzoña!

—¿Es por ventura?...—preguntó por su parte Pablo Magritta.

Y sin decir nada, dejando caer su vaso en la corriente como antes Max Pamfette había hecho con su calabaza, le acercó á sus labios y luego que lo hubo retirado murmuró:

—Agua sulfurosa: no tengo duda.

Y dijo rápidamente algunas palabras en voz baja al ingeniero, cuyo semblante pareció iluminarse un momento con una sonrisa fugitiva.



AL CABO DE MEDIA HORA TIRARON CON PRECAUCIÓN DE LA RED

gras y anchoas saladas. El guiso solemne no debía servirse hasta después y Max Pamfette se había reservado el cuidado de llevarle él mismo con gran aparato á la mesa de honor; pero consumidos los entremeses, el pescado no parecía. Dos ó tres veces Kennedy Smith entró en la toldilla y palmoteó cerca de la escalera para dar la señal del servicio, pero fué en vano. Aunque llamó con insistencia, no obtuvo respuesta alguna y llegó á preguntarse si no convendría deponer toda dignidad y bajar él en persona á la cocina, cuando Max Pamfette llegó por fin. Con el rostro enrojecido, los ojos fuera de las órbitas y el aspecto furibundo; marchaba á grandes pasos y llevaba en los brazos, tan extendidos como le era posible, una gran marmitta humeante, en la cual aún cocía el guiso tan esperando. Detrás de él venía el grueso Gerfaut, no menos encarnado y agitado tapándose la nariz con el pañuelo.